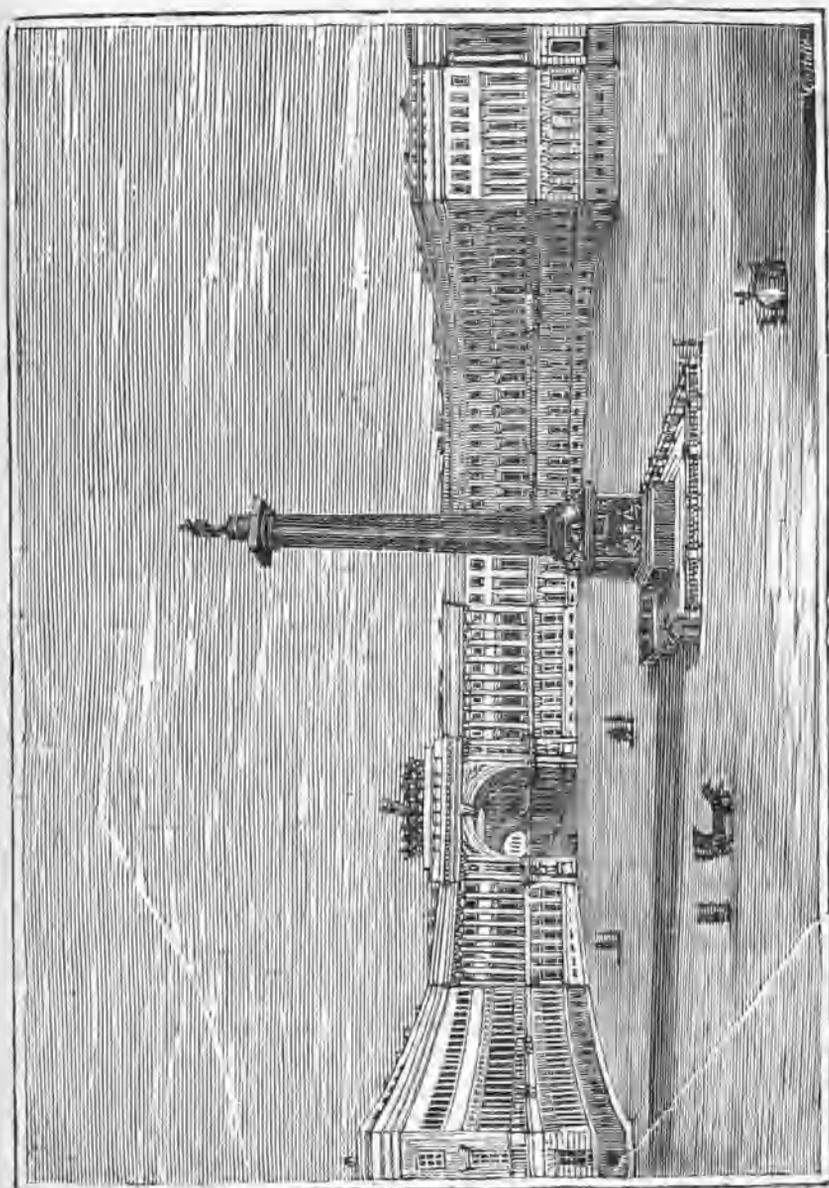


EL PANORAMA.



VISTA DE LA COLUMNA ERIGIDA AL EMPERADOR ALEJANDRO EN SAN PETERSBOURG.

UN MUERTO

GALOPANDO,

LEYENDA ESCOCESA

TRADUCCION DEL ARCHIVO

De la Abadía de Kilwinning.

En tiempo de David 1.^o, dotar un monasterio era un acto de beneficencia y de piedad muy recomendable. El ejemplo de esta caritativa accion, repetida asaz frecuentemente por el monarca, era imitado por sus mas opulentos vasallos; y entre ellos lo fué por Hugo de Morvel, quien merced á la munificencia real poseía bienes inmensos en el O. de la Escocia.

Con el objeto de complacer á su piadosa consorte y en honor de san Winning, uno de sus antepasados que habia florecido en el siglo VIII, Morvel fundó en una posesion de Ayrshire una Abadía de monjes, y pegado á ella mandó edificar un castillo que pudiese servirle de residencia temporal.

Beatriz acostumbraba á atravesar el claustro para asistir á los maitines, y sus ademanes afables y graciosos le granjeaban numerosas muestras de deferencia de parte de los monjes; pero entre ellos ninguno habia tan asiduo en sus homenajes como el hermano Winthin. Al contemplar su servicial celo, la hermosa Beatriz no podia ménos de dejar escapar una lisonjera sonrisa, inocente condescendencia que el monje creía una señal de simpatía y con la que se escudaba para renovar dia-

riamente su ridícula pantomima. Llegó por fin á tal punto su atrevimiento que escribió á la noble señora una carta mistica, en la que le pintaba la viva impresion que habian hecho en él sus encantos. Le decía que era mas bella que la bienaventurada santa Bríjida, cuyas miradas aventajaban en brillo á las estrellas señaladas en el cielo por los pastores de Belen, y cuyas mejillas deslumbraban con un colorido superior á los ricos matices de las rosas de Sharon. Las obsequiosas atenciones de Winthin con la patrona de la Abadía, fuéron observadas con curiosidad por toda la congregacion; y la condescendencia de ella llegó á ser el objeto de reflexiones muy poco favorables á su reputacion de virtud y de piedad, y á las cuales Beatriz de ningún modo sospechaba haber podido dar ocasion.

La epístola del monje la causó la mas viva turbacion, porque no acertaba á explicarse como un hombre consagrado á Dios podfa olvidar de aquel modo sus sagrados votos. No tenia motivo alguno para dudar de la ternura de su esposo y así, ni aun se atrevió á sospechar que aquella carta fuese un lazo tendido por él para probar su fidelidad. De todos modos, temiendo que tarde ó temprano llegase aquella aventura á su noticia, se decidió á comunicarle — aventurándolo todo — la singular misiva del temerario monje.

Morvel habia considerado siempre á Winthin como uno de los miembros mas santos de la comunidad, y no dudaba que la pureza de su alma correspondiese á la sublimidad de su vocacion. Pero la carta autógrafa, depositada en sus manos por la fiel y virtuosa Beatriz, le probó hasta la evidencia cuan grande era su error. Ah! exclamó, es este el fruto de mi liberalidad con la iglesia? Pero

como si instantáneamente hubiera triunfado de su resentimiento, encargó á su mujer que no volviese á pensar en el pervertido religioso, participándola su intencion de escribir al obispo para que le trasladase á su anterior asilo: la Abadía de Kelso.

Este era sin duda el partido mas prudente que podia tomarse con el culpable á causa de su estado, y Beatriz se alivió de su inquietud al ver cuan pronto habia cedido el resentimiento de su esposo; pero la injuria meditada contra su honor habia dejada en el alma del caballero una huella mas profunda de lo que parecia. Al renunciar en la apariencia á su venganza, no habia hecho mas que preparar el campo para batir á su enemigo con mas seguridad.

Aprovechándose de una visita que fué á hacer Lady Morvel á un castillo vecino, el dia mismo de su partida escribió en nombre de ésta al monje el billete siguiente:

Querido Within, he recibido vuestra carta con el mayor placer. Con motivo de haber ido Morvel á Ayr para asistir á la asamblea del condado, podeis venir á mi casa esta noche á las diez, solo y con el mayor secreto. Tendré dispuesta la cena. Vuestra &c.

El monje se vistió con todo el esmero que exijia una entrevista con tan principal señora, luego que se apagaron todas las luces del convento, se dirijió silenciosamente y á oscuras hácia la puerta interior del castillo donde fué introducido, no por Beatriz como él esperaba, sino por el noruego Sygtryg, criado de Morvel. Este hombre, con una risa sardónica y ántes que tuviese tiempo de pedir socorro, le arrojó al cuello el cordon de una trompa de caza, tendiéndole en tierra y apretándole la

espalda con la rodilla y tirando de la cuerda con toda su fuerza, le ahogó en pocos instantes.

Morvel estaba familiarizado desde su infancia con escenas de muerte, y aun se gloribia de haber tomado algunas veces parte en la destruccion de sus semejantes; pero ahora no pudo ménos de aterrarse de haber consumado el asesinato de un fraile indefenso. Sabia que segun las leyes eclesiásticas, un seglar que se atreviese solamente á poner la mano en un ordenado incurria en la pena capital y confiscacion de sus bienes. Conoció pues su suerte; y no queriendo exponer á un castigo no merecido á su fiel Sygtryg que, aunque autor del crimen, no habia sido impelido por ningun sentimiento de avaricia ni de venganza, le dijo: «Has expuesto tu cabeza por obedecerme y ayudarme en mi fatal rencor. Toma sin tardanza el mas ligero de mis caballos y huye á Inglaterra; alli hallarás un asilo contra las terribles leyes que hemos quebrantado. Al atravesar la ciudad de Ayr, hecha una ojeada sobre la prision, allí me presentaré ántes que el sol se oculte otra vez detrás de los elevados picos del negro Ber Goll; allí esperaré el castigo que tanto he merecido.»

El noruego, hombre de carácter sombrío y salvaje, incapaz de comprender el profundo sentimiento de honor de su noble amo, le replicó en estos términos. «Pues que? el cadáver de un miembro indigno de la iglesia, abogado por casualidad, puede alarmar hasta ese punto á un baron cuyo valor está tan experimentado, que jamas ha retrocedido delante del enemigo, á cuyo pié el mismo rey calzó la espuela de oro en el campo de batalla, y que al primer sonido de su bocina puede ver levantarse en masa y vo-

lar á su defensa Carruk, Rife y la animosa Kunningham? Escuchadme; nadie sabe este suceso, voy á cojer el cadáver, y plantarle de rodillas al pié del altar. Esta noche le tocaba velar; con que de ese modo le hallarán cuando vengan á relevarle á la hora de mañinas.

Parecióle bien á Morvel este proyecto, y en seguida lo pusieron por obra. El castillo estaba separado por medio de una elevada pared. Sygtryg la escaló cargado con el cadáver, bajó al patio del claustro, entró en la iglesia, y colocó al difunto Wwithin delante del altar en actitud de meditacion.

Temiendo que alguno de los frailes percibiese el ruido de los pasos de Sygtryg y descubriese el ardid, Morvel subió por la escalera de caracol de la torre de vijía y desde allí escuchó atentamente por las troneras, pero nada oyó mas que el rumor de los pasos de su fiel servidor á quien distinguió por medio de la incierta claridad de la luna salir del claustro, y saltar otra vez la pared de division. Persuadidos de que todo iba bien se retiraron ambos á descansar.

Tocaba aquella noche relevar á Wwithin á Roland, enemigo suyo declarado. Vino, pues, á cumplir la obligacion impuesta á cada individuo de la comunidad, que consistía en permanecer orando, desde la puesta del sol hasta media noche, en que otro le reemplazaba hasta la hora de mañinas. Adelantábase Roland lentamente hácia el lugar sagrado y á la pálida luz de la luna que alumbraba débilmente los estrechos vidrios de una larga ventana gótica, divisó un hombre apoyado en el altar pero sin traje sacerdotal. Semejante vision, propia para sorprenderle en cualquier caso, lo era mucho mas en medio de la noche, de suerte que se pasaron algunos instantes ántes

de que pudiese cobrar ánimo, avanzar un paso y articular la ordinaria salutación: «hermano, venga á relevarte.»

No recibiendo respuesta alguna, naturalmente se imaginó haber descubierto un ladrón ocupado en despojar el altar de sus ricos ornamentos de oro y plata, y encontrando á mano la vasija del agua bendita, la arrojó con tal violencia á la cabeza del presunto ladrón, que le tendió sin movimiento al pié de la cruz.

Roland se precipitó á socorrerle, preparándose á dar la alarma á toda la comunidad, pero notó que su víctima estaba inanimada, y cuando reconoció las facciones de su antiguo antagonista Wwithin, se le escapó de entre las manos el cadáver y penetrado de horror creyó oír una voz que le decía: «Ahora que la oscuridad puede proteger tu fuga, Roland de Galloway, monta sobre tu corcel y huye á las montañas de tu pais natal. Si así no lo hicieres, ántes de que la alondra entone sus cánticos, será descubierto tu atentado, los monjes buscarán á su hermano ausente, y cuando se sepa su muerte, toda la comunidad, sabedora de la animosidad que reinaba entre vosotros dos, te designará como su asesino.»

Turbado, ajitado por esta ilusion, quiso escaparse, pero se halló detenido por el porton del monasterio. Finalmente despues de haber vagado indeciso en torno del claustro, descubrió la escala olvidada por el Noruego y pendiente de la pared.

Todo el mundo sabe cuantos expedientes ingeniosos é improvisados sujere la necesidad Roland recordando lo que se había dicho en el convento del amor de Wwithin á la noble castellana, tomó en el instante la resolucion de saltar la pared con el muerto y depositarle en el pórtico del castillo, esperando alejar de este modo las sospechas, y fijarlas en algun

criado del baron encargado por su amo de castigar la imprudencia del difunto monje.

Roland ejecutó este plan con la mayor habilidad, y volvió al convento sin haber llamado la atención de nadie. Pero entretanto, la vengadora inquietud que vela en el corazón de los criminalesse había apoderado de Morvel hasta el punto de privarle del reposo; y mientras que se ajitaba en su lecho, oyó distintamente el ruido que hizo Roland al depositar su carga al pie del castillo. Imaginando que eran los religiosos que buscaban al asesino, fué á despertar á Sygtryg que dormía profundamente, y le mandó que recorriese en silencio todo el fuerte y la Abadía, y escuchase por las ventanas, puertas y demas salidas para asegurarse si había sido descubierto el asesinato.

El criado se preparó para esta comisión con prontitud é intrepidez, pero no tardó en dar la vuelta, pálido como la muerte, los cabellos herizados y las rodillas trémulas. Como permaneció algun tiempo sin poder articular una palabra, Morvel supuso que había visto á todos los monjes de la Abadía salir de sus celdas, y precipitarse hácia el altar para anatematizar con todas las formalidades usadas al matador del hermano Within. Pero cual fué su sorpresa cuando Sygtryg pudo darle á entender que había visto el espectro del difunto que se le había aparecido y estaba de rodillas ante la puerta del castillo!

En aquel siglo de ignorancia era mas generalmente creído que ahora que los habitantes del mundo invisible se presentan con designios hostiles á los ojos de los mortales, y estas apariciones ejercían en sus espíritus una terrífica impresión. Morvel se dirigió sin temer hácia el pórtico, seguido de su trémulo

sierviente cuya pusilanimidad reprendió. Pero cuando vió distintamente al sacerdote ahogado, con los ojos fijos y la boca abierta y desencajada, permaneció estupefacto, reflexionando en las causas de la vuelta de aquel desgraciado á la vida; y en este caso no acertaba á explicar de qué modo habría escalado la pared, y qué motivo podía haber tenido para tornar á un paraje que acababa de serle tan fatal. Sin embargo, notando que estaba frio y lívido dijo á su criado: «Sea cual fuere el poder que ha vuelto otra vez este infeliz á nuestras manos, es necesario á toda costa desembarazarnos de él. Ya conoces aquel arrogante corcel que adquirí en la batalla de Handarl y que se enerva en la ociosidad de la cuadra. Si puedes atar con firmeza al monje sobre ese feroz animal, pronto estará con él en el Nortumberland. Basta soltarle en el camino y nadie se atreverá á detenerle. Corre, ponle un arnes, y cubre el cadáver con una armadura completa, para que los que le vean equipado de esta manera le crean un guerrero que concurre aceleradamente al torneo que hoy debe verificarse en el castillo de Turnberry.»

No tardó el caballo en estar enjaezado y el hermano cubierto de una cota de malla, una lanza fija en el estribo y atada á su mano, y el cuerpo fuertemente sujeto á la silla. Bajóse el puente levadizo y el corcel tomó la carrera mas rápida que el viento.

Mientras que el caballero y su criado se ocupaban de esta suerte en disponer el viaje de Within, Roland hacía por su parte preparativos de marcha con la mayor actividad. No ignoraba que las sospechas recaerian desde luego sobre él, y temiendo la severidad de las leyes eclesiásticas en aquella clase de asuntos, resolvió buscar un asilo en los desiertos de

Galloway. Recordando que aquella misma mañana debía ir el panadero al molino á buscar harina para el consumo de la comunidad, fué á la habitacion de éste y le propuso desempeñar su comision con el objeto de dar un paseo. El panadero aceptó cordialmente tan servicial proposicion y le dió la llave de la puerta falsa. La cuadra segun el uso de aquel tiempo solo estaba cerrada con picaporte, y por tanto no oponiéndose ningun obstáculo á su fuga montó en su vieja cabalgadura sentado sobre un saco. Pero apenas hubo atravesado sin accidente alguno la puerta grande del convento cuando llegó tras él al galope el caballo que llevaba al monje difunto. En el primer momento creyó ser perseguido por un caballero armado; pero como ya empezaba á apuntar el día, y él llevaba levantada la visera de su casco, una ojeada bastó para dejarle conocer fácilmente el rostro de su antiguo rival. Pensando entónces que el omnipotente le había resucitado para ser instrumento de la venganza divina, no atendió á mas que á escapar de la persecucion de tan terrible enemigo, y dió á correr por una calle lateral de la aldea vecina. Por casualidad aquel callejon no tenía salida y era tan estrecho y tortuoso que le fué imposible volver las riendas á su caballo; y para colmo de desgracia el corcel del muerto dejando igualmente el camino real se precipitó tras las huellas de Roland con tanta impetuosidad que este comenzó á gritar con todas sus fuerzas: Perdon! perdon! yo soy el asesino y estoy pronto á sufrir el castigo que he merecido.

El ruido de los caballos, el choque de la armadura y los gritos del monje promovieron tal alboroto en la calle, que los habitantes del pueblo acudieron asustados apoderándose luego del aterrado religioso.

Fué conducido este ante el obispo quien guiado por su propia confesion le excomulgó y le mandó encerrar en un calabozo mientras se sentenciaba su causa. Within, caballero despues de muerto en el caballo del baron, y persiguiendo á su asesino, constituyó un milagro auténtico que no pudo ser explicado de otro modo que por la intervencion celeste. El noruego Sygtryg victima de la justa venganza del cielo, huyendo de la justicia humana cayó en el precipicio conocido con el nombre de *sima del asesino*, en el departamento de Carrick.

En cuanto á Morvel y su esposa, escarmentados para siempre se retiraron á sus dominios de Dundengh en los confines de Ayr, jurando no volver á dotar monasterio alguno.

E.



ESTUDIOS HISTÓRICOS

DE

antigüedades de Madrid.

(Conclusion.)

Este lenitivo con que finaliza Estrada el párrafo relativo á nuestraursion, dá á conocer que no entra absolutamente en tales principios

y que refería muchas cosas por decir algo sobre puntos de consecuencia, que se han convertido bastante, sin haberse fijado al cabo la opinión.

Hauberto Hispalense, citado y vuelto á citar un sin número de veces por Vera Tísis y otros autores, habla, es verdad de *Mantua carpentanea* devastada por el tirano Marcelo; reparados sus castillos en tiempo de Claudio Régulo, poblador de Segovia; devastada también por el capitán Lucio; acosada del hambre el año 433; casi destruida por los godos en el de 492, etc. Pero, en primer lugar, examínese si este Hauberto es digno de fe. Para este exámen téngase presente la carta de don Nicolás Antonio á don Juan Lucas Cortes, y la de don José Pellicier al P. Fr. Hermenejildo de san Pablo, una y otra publicadas por apéndice en el libro titulado *Censura de historias fabulosas*, que con grande acierto dejó escrito el referido don Nicolás. Consúltense estas cartas, las obras del don José, las demas de don Nicolás Antonio, y se verá cuan lastimosamente han embrollado nuestra historia los falsarios que por intereses particulares y con valerosos fines osáron fingir crónicas y escritos de otros varios géneros: contradiciéndose ellos mismos en sus desalinadas imposturas, y sembrando, á la sombra de la credulidad y buena fe de los lectores que no analizan, una multitud de errores á cual mas groseros, y algunos muy trascendentales.

Dextro, Luitprando, Juliano, Hauberto... son otros tantos escritores á quienes se refieren y en cuya autoridad descansan muchos ingenios extraviados, que en los siglos 17 y 18 hicieron sudar á las prensas nuevos disparates, sobre los muchos que ya estaban en voga; pero volviendo á mi propósito, contrayéndome al último, y suponiéndole, por esta vez,

digno de toda crédito, concluyo que sus escritos, como los de Ptolomeo, no prueban ni probarán jamás que *Mantua* y *Madrid* son una misma cosa; sino que, como otros muchos, lo que pudieran probar es que hubo una *Mantua* en los carpentanos, y que esta fué la *Mantua* hambrienta, y devastada por Marcelo, Lucio y los godos.

Ninguno de los jeógrafos antiguos, á excepcion de Ptolomeo, hizo mencion de semejante ciudad, bien que Plinio enumera muchas poblaciones antiguas de España. Nuestros historiadores madrileños quieren que fuese *colonia* y *municipio*, con el derecho del *Lacio*: pretenden, con la autoridad de Marineo Sículo, que los romanos edificaron sobre sus muros 128 torres; con la de Gaspar Barreiras 1301 y con la del maestro Juan Lopez de Hoyos 190. Es, pues, indisputable que la poblacion en donde los romanos edificasen tales obras, y á la que concediesen tan honoríficos dictados, sería de primer orden en aquellos tiempos. Confirma su importancia en lo antiguo lo de las láminas del rey Nabucodonosor; y ¿es posible que de una ciudad en donde un príncipe como este hace grabar y entrecar láminas que perpetúan su nombre donde los romanos labran tantas fortificaciones, no haya quedado á la posteridad un monumento solo, que pueda servirle como de conductor en el caos de estas dificultades? Cuando no lápidas sepulcrales, ni aras, ni vasos sagrados, ni restos de edificios, ¿no habrá siquiera una medalla de esta *colonia municipio con el derecho del Lacio*, entre tantas como se acuñaron en los otros municipios, y colonias, y pueblos que tenían *el derecho del Lacio y el itálico*?

El R. P. M. Fr. Henrique Flores, laboriosísimo é ilustradísimo escritor, en-

riqueció el catálogo de nuestros libros con una obra, digna de su talento, en esta materia difícil. Para formarla se sirvió de los grabados de medallas de S. M. y de otras personas que habían hecho adquisiciones importantes de estos documentos históricos. Asegura el autor que las medallas hispano-romanas no escasean entre los aficionados á antigüedades de este género. *de la cual es buena prueba las muchas que llevamos publicadas, pues en el espacio de ochenta años desde Julio César hasta Cayo Calígula fue tanto el número de monedas que hubieron las ciudades de España, que ninguna otra nación la llegó á competir en igual espacio.* No obstante, entre tantas, no se halla una siquiera, que con violenta interpretación pueda convenirnos; y es casi imposible dejase de haberlas, si la *Mantua carpentanea* hubiese figurado en la dominación romana como se le quiere hacer figurar. Lo mismo sucede en cuanto á las que conocemos del tiempo de los reyes godos; de manera que esta población sobre cuya antiquísima fundación é importantes ampliaciones se ha delirado tanto, se halla por todos títulos buélfana en la historia gótica y romana de las Españas; sin documento alguno, ni testimonio, ni autoridad legítima, á cuya sombra justifique su abolengo ficticio. Ni Madrid podrá fijar con probabilidad la data de su fundación hasta despues de la invasion sarracénica.

Los Comentarios de Julio César, con cuyo texto defiende Vera Tásis la antigüedad romana de Madrid, y que esta villa es la *Mantua* de los carpentanos, no dicen una palabra sobre el particular. En cuanto á la antigüedad de Ambrosio de Morales, que igualmente pone en juego, al mismo fin de hallar apoyo para una opinión extravagante; diré que no es da-

ble conciliar lo que Morales dijo á los de Villamanta, con lo que le quiere hacer decir Vera Tásis. Ni es solo este autor quien echa mano de la autoridad de Ambrosio de Morales; otros lo han hecho, con tan poco fundamento como el primero. De manera que, en tales negocios, lo mas prudente es acudir á los autores citados, porque muchas veces se les hace decir lo que no dijeron.

Y si Morales debe salir á la palestra ha de ser precisamente para colocarse en nuestras filas. Es bien conocida, en primer lugar, la veneracion que profesaba á los conocimientos del maestro Pedro Esquivel; y en el informe que dió Morales al rey Felipe II, sobre los papeles, libros é instrumentos del primero, que se lee íntegro en sus opúsculos, escribe entre otras cosas: « Lo principal » de todo y que es de mas estima es el invento ó manera y camino que Esquivel » halló, para hacer sus descripciones tan » particulares y menudas, y con tanta » fineza como las hacia. Esto fué una invención muy grande y que en Cosmo- » grafía no se podía mas desear, y yo doy » á entender de ella en este discurso que » aquí va, lo que se puede aplicar y lo » que yo sé de ella, que es muy poco en » comparación de lo mejor, que es lo que » yo no sé.»

En segundo lugar debe repararse que Ambrosio de Morales dijo que en la época de don Ramiro II de León era donde hallaba las primeras noticias históricas de Madrid. Lo cual está en contradicción aun mas absoluta con lo escrito por Vera Tásis y sus partidarios; porque si nuestra capital y *Mantua de los carpentanos* son una misma cosa, no se puede decir que las primeras noticias de tal población se hallan en el reinado de don Ramiro II, á es necesario suponer á Mora-

les ménos instruido de lo que aparece por las obras que nos dejó escritas.

¿Y como era posible que aquel mismo que varias veces habló con tanto elogio de cosas pertenecientes á Madrid, dejase de hacerlo de las que en los tiempos que alcanzó, eran muy para tenidas en memoria? La corte estaba recién establecida en Madrid: Morales era coronista de Felipe II que fué quien la estableció: entónces se deliraba mas que ahora con los aboleugos y alcurnias, así entre las familias como entre las ciudades, y sus ayuntamientos: era el siglo de la etiqueta y de las preeminencias, hay en la historia mil casos que comprueban esta verdad, y que nos revelan las competencias y rivalidades que de aqui dimanaban; todas estas son, pues, otras tantas razones de mucha fuerza en mi opinion, para creer que si Ambrosio de Morales hubiera encontrado rastro de verdad en las fábulas tocantes á la antigüedad remotísima, ó identificación de *Madrid* con *Mantua*, y demas circunstancias relevantes atribuidas á nuestra capital en tiempos pasados, habria hablado de todo ello largamente. En primer lugar por honor á la verdad histórica, de que fué muy apasionado: en segundo por el interes de tantos hijos de Madrid decididos por las glorias de su patria, que le hubieran colmado de parabienes y felicitaciones; y en tercero por lisonjear, sin ficcion ni bajeza, al monarca que tanto le apreciaba, y que habia hecho eleccion de Madrid para capital de sus vastos dominios.

Demostrado ya que las autoridades de Ptolomeo, Julio Cesar y Ambrosio de Morales están citadas fuera de propósito y sin fundamento por los defensores de la antigüedad romana de Madrid: desvanecidas las ilacas razones que alegan: indicadas las respectivas tachas de muchos

autores que les apoyan: patentes los testimonios respetables de escritores de crédito que se pronuncian en contra: viata la discordancia de opiniones de otros acerca del mismo hecho, aunque con diferentes circunstancias; todavia me queda una observacion que hacer para confirmar el descrédito de esta identificación fabulosa, á saber: la nimia trivialidad, la pelillosa mania de interpretarlo y torcerlo todo escrupulosa y violentísimamente hácia las encomiásticas alabanzas de Madrid, cuya cuna quieren poner en las nubes por parecerles poco digno otro cualquier lugar. Y ¿á qué ojos no será ciertamente ridículo, que confesando un escritor la desconfianza con que debe ser mirado aquel de cuya autoridad se vá á valer, pretenda alternativamente que esa autoridad merezca y no merezca crédito, segun lo que con ella quiere defender ó impugnar? ¿Quién podrá contener la risa al leer que por el signo de Leon está indicada para Madrid la opulencia y la majestad con habitación continua de reyes? ¿Que por el de Sagitario es pingüe, fértil y delictosa, segun discretas conjeturas de la sabia aunque falible astrología? Que en domingo se fundó, en domingo la ganó don Ramiro II, en domingo la volvió á ganar don Alonso VI, en domingo apareció el cuerpo de san Isidro labrador, y que en domingo, por ser este el dia de Madrid, han sucedido otras cosas maravillosas? Que Ocno Bianor despues de haber gobernado política y sabiamente se volvió á ocupar el trono de su padre, dejando al despedirse un gobernador en el castillo, que entónces llamaban la fortaleza? Que las murallas primitivas de Madrid eran de cal y canto y argamasa, levantadas y gruesas de doce pies de ancho, con torres, cubos, barbacanas y fosos, de fuerte y hermosa

proporción? Si fuese cierta la transmigración de las almas, podríamos creer que los que escribieron estas vaciedades pudieron constituir parte del séquito de su príncipe greco-etrusco: de otro modo sería difícil concebir como conserváron tan menudas circunstancias, cuando otras infinitas de mucho mas bulto y de mas consistencia histórica se han perdido para siempre.



LOS JIGANTES.

Si las opiniones fuesen mejores por ser mas antiguas: si en el estudio de la Historia no se debiese proceder con grandes precauciones; la existencia de los gigantes sería un hecho, en verdad antiquísimo. Ni es posible determinar el origen de semejante creencia, por lo mismo que es tan antigua. Así como los niños se divierten hoy con aventuras fabulosas, atribuidas á hombres de estatura extraordinaria, se divertían en lo antiguo las personas adultas, que deben ser por nosotros consideradas en la edad de la infancia, si se atiende á su credulidad y á una pasión desordenada por todo lo maravilloso. Sea como quiera, encuéntrase cuentos de Gigantes en las tradiciones de todos los pueblos. Parece que las razas humanas han tenido la misma cuna, han recibido en ella las mismas mentiras y

las mismas verdades; y separándose después, cada una las ha arreglado á su modo, quedando lo mismo en el fondo á pesar de las diferencias en la forma.

No es, pues, de extrañar que se imaginen muchos haber existido en otros tiempos gigantes. En nuestra infancia manejamos libros que hablan de ellos. De jóvenes nos persiguen tambien los gigantes hasta en las cátedras. Desde luego nos hacen aprender que los Titanes combatiéron contra los Dioses; y que estos Titanes eran gigantes que estrechando entre sus brazos las montañas, y colocándolas unas sobre otras tratáron de escalar el cielo. Uno de ellos, enterrado vivo por Júpiter, es la causa, segun se escribe, de los temblores de tierra, que ocurren siempre que se le antoja estirar una pierna, ó revolverse en su sepultura; atribuyéndosele tambien las erupciones de los volcanes, que se verifican cuando le place respirar con un poco de fuerza. Después de los Titanes vienen los Cíclopes, gigantes mas particulares aun, de los cuales tanto habláron los griegos: en seguida se nos presentan los Lestrigones, por cuyos dominios casi poses Homero á Ulises. Las tradiciones del norte concuerdan en este asunto con las del mediodía. La mitología escandinava está llena de fábulas en las cuales, como en las de los griegos, hacen gran papel los Gigantes. Tambien tienen los suyos las tradiciones del Oriente, y es sabido quanto han delirado los rabinos sobre la estatura de Adán, que, segun algunos, era de centenares de pies. Los musulmanes adoptáron la mayor parte de estas ficciones. Familiarizados así desde nuestra mas tierna edad con la idea de los gigantes, y encontrándola después aceptada por todos los pueblos, es natural que la conservemos, mientras no nos ocurra analizar con buena crítica la cuestion.

En el siglo último todavía se daba crédito á las historias de los gigantes. En 1718, un académico publicó cierta obra, concienzudamente trabajada; y suponiendo en ella para la especie humana cierta ley de decrecencia continua, se determinaban con exactitud, llamada rigurosa, las diferencias de la estatura del hombre desde la creacion. Resultaba de aquellos cálculos que Adán había tenido ciento y veinte y tres pies y nueve pulgadas de talla: Noé ciento y tres pies: Abrahán veinte y siete á veinte y ocho pies: Moisés trece; Hércules diez; etc. Véase hasta qué punto puede cegar el espíritu de sistema, cuándo se parte de malos principios!

No hay prueba alguna de que hayan existido castas de gigantes. Entre los autores antiguos que hablan de ellos, ninguno los vió, ni dice que existiesen en su tiempo. Se refieren á las tradiciones, y estas tienen todos los caracteres de la fábula, sin ninguno de los de la historia. Si los gigantes existieron sus restos no han podido desaparecer absolutamente; las partes huesosas han debido quedar solteradas en los países que habitasen; y así como hallamos en sepulturas que se descubren todos los días esqueletos de romanos, de egiptios, de galos, deberíamos encontrar esqueletos de gigantes. Está demostrado, además, que algunos restos de animales de antigüedad remotísima y de excesiva delicadeza, con respecto á la de los pretendidos gigantes, se han conservado perfectamente en las entrañas de la tierra hasta nuestros días. La conclusion de que los gigantes no han existido es légitima, pues no se halla el efecto necesario de su existencia.

No ignoramos que se ha dicho en diferentes épocas haberse descubierto y exhumado osamentas de gigantes; pero la

ciencia ha calificado ya filosóficamente este argumento fundamental, demostrando con pruebas incontestables á qué especie de animales han debido positivamente corresponder los restos en cuestion, atribuidos con sobrada lijereza á hombres de extraordinaria estatura. En el siglo décimo séptimo hizo gran ruido el descubrimiento del sepulcro de Tentoboco, rey de los cimbrros, vencidos por Mario; y se dijo que aquel había tenido treinta pies de talla; pero el resultado de una célebre discusion, entablada con este motivo, dió á conocer que Tentoboco era un elefante; y esta es, en el fondo, la historia de todos los demas hallazgos parecidos. El prestigio se ha desvanecido delante de las observaciones de la anatomía comparada; y el se ha probado que existiesen en lo antiguo razas gigantes, se está de acuerdo en que no pertenecian á la humana especie, sino á animales mas ó ménos análogos á los ahora conocidos.

Sin embargo, la estatura del hombre, en algunos casos excepcionales, puede ser extraordinaria. Plinio cuenta que en su tiempo fué conducido á Roma un árabe llamado Gabara cuya talla era de nueve pies y nueve pulgadas romanas; ocho pies y diez pulgadas francesas. Habla tambien de otros dos gigantes que no vió, de mas de nueve pies, que vivían en tiempo de Augusto. El famoso Goliath, segun el libro de los Reyes tenía nueve pies franceses. Puede, pues, creerse que la altura del hombre, en su mas completo desarrollo y en casos excesivamente raros podrá llegar á nueve pies. De ocho y de ocho y medio hay muchos ejemplares consiguados en escritos muy fidedignos: un guardia de Corps de Federico I rey de Prusia tenía ocho pies y medio.

No se puede negar, por tanto, la existencia de los gigantes, si tales se de-

nombran los individuos que alcanzan la estatura de Goliath; pero no constituyen en la especie humana mas que excepciones singulares, apareciendo aisladamente y á largos intervalos, y su talla no es, en los que mas, ni el duplo de la regular. Debe de observarse tambien que estas excepciones no son peculiares de un pueblo determinado, manifestándose en todos, sin que pueda inferirse que tal ó tal raza tenga mayor propension á extraordinario desarrollo. Hay ejemplares de gigantes de este jénero naturales de Congo, de Arabia, de Siria, de Italia, de Suiza, de los Países-Bajos, de Francia, de Inglaterra, de Alemania, de Dinamarca, de España; y, lo que aun merece mayor atencion, no se observa que haya habido familias de gigantes. Sus hijos entran en las condiciones comunes de la estatura del hombre. Asimismo es falsa la idea que se tiene de su fuerza. Léjos de ser terribles, son por lo jeneral, debiles, pusilánimes.

Mas bien que como seres favorecidos con una superioridad positiva sobre los demas hombres, debe de considerárseles como excepciones defectuosas de la naturaleza, individuos de salud imperfecta, cuyo desarrollo se ha efectuado de un modo débil y lánguido sin poder recibir en su tiempo el sello de una sólida organizacion.

Ademas de las razones que existían para probar que la estatura de la especie humana no ha decrecido, se ha propuesto últimamente otra, admirable por lo injeniosa. Se apoya en las comparaciones hechas entre el tamaño de los animales salvajes, y el de los de las mismas especies, ya domesticados; y de esta comparacion resulta que el diferente modo de existir no ha tenido sobre la estatura sino una influencia casi nula, por espacio de siglos.

De todas las consideraciones á que da lugar la indicada teoría se deduce que la estatura media de los hombres civilizados de nuestros dias no difiere, ó difiere muy poco, no solo de la de los hombres civilizados de la antigüedad, pero ni aun de la de los que todavía viven en el estado de la naturaleza.

Muchos viajeros han probado que los pueblos salvajes, léjos de ser mas fuertes que los civilizados, son, por lo jeneral, mas débiles. El hombre nada ha perdido en fuerza por su cultura: no ha perjudicado á su robustez la perfeccion de su inteligencia; aquellas se han multiplicado por su industria: la civilizacion tiende pues, á consumir el desarrollo moral, intelectual y físico del jénero humano.



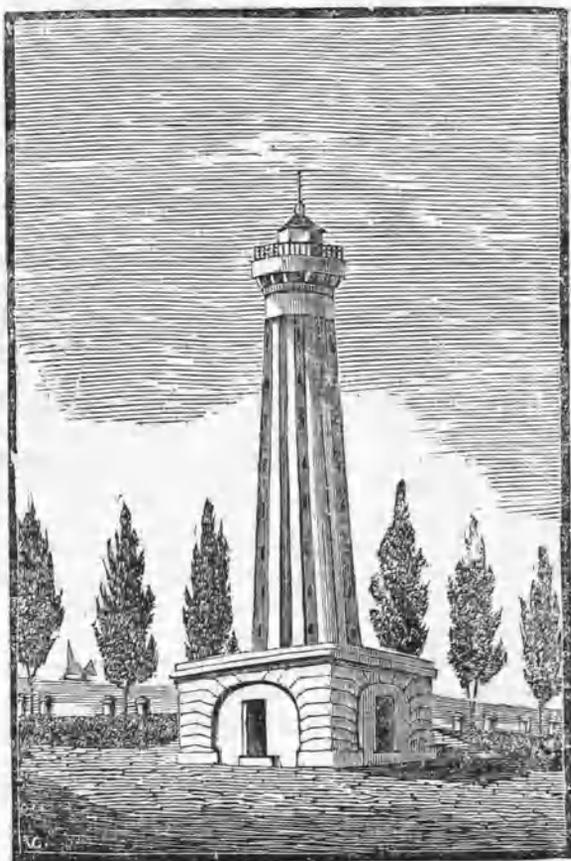
Inscripcion epigramática.

En el tronco de un árbol del que se acababa de ahorcar un borracho.

Desperado y sin tino,
 Pedro de este árbol se ahorcó,
 Porque ya el caso llegó
 De no poder con mas vino!
 Pasajero, no te asombre
 Ló trajese á tal su estrella.
 Miralo: es una botella
 Con la figura de un hombre!

L.

VISTA DEL FARO DE PONDICHERY.



NOTA DE LA REDACCION.

Va á terminar el primer semestre de la segunda época, y quedará concluido con el último número de aquel el tomo primero. Inmediatamente despues se dará el índice y portada.

Está en prensa y se distribuirá á fin de este mes, el primer cuaderno de la famosa novela del célebre Cooper, titulada *El Corsario Rojo*. Inútil es toda recomendación respecto de una obra que se reputa acaso como la mejor de aquel fecundo ingenio, ya tan conocido en España por las tituladas *El Bravo* y *Los Mohicanos*. Los señores suscritores que concluyen en junio, se servirán renovar con tiempo, si quieren evitar retraso en la remision del periódico.

EL HIJO DE LA ESPAÑOLA.

(Continuación.)

La reina entretanto se lisonjaba en aquella ciudad de que los cruzados triunfarian sin grande obstáculo y en poco tiempo de todas las fuerzas del Egipto reunidas. Júzguese, pues, de su dolor: júzguese de su desesperacion luego que llegó á sus oídos la derrota y cautividad de su amado esposo, con los pormenores tristes que ya se han referido. Su situacion era tanto mas dolorosa y crítica, cuanto que se encontraba próxima al parto. Pasaba llorando amargamente las horas del dia, y durante la noche era víctima de sueños espantosos, creyendo ver á cada momento al rey cuya cabeza rodaba á sus pies al golpe furibundo de una cimitarra musulmana. Fué preciso que cierto caballero, ya octogenario, durmiese en el aposento de la reina y le tomase la mano de tiempo en tiempo para tranquilizarla diciendo: no hay cuidado, señora, yo estoy aquí.

Margarita de Provenza en quien brillaban entónces todas las gracias de la juventud realizadas por una rara belleza, horrorizada con la idea de la posibilidad de llegar á ser presa de los bárbaros sarracenos, se arrojó un día delante del referido anciano y le dijo: Señor caballero, juradme que me otorgareis una merced. Cuando lo hubo jurado continuó la reina, exijo de vos que si los enemigos se apoderan de la ciudad, me corteis la

cabeza ántes que se hagan dueños de mí. El caballero contestó sencilla y lacónicamente: lo haré de muy buena gana, porque había yo pensado lo mismo, si llegaba ese desgraciado caso. No se sabe que es mas digno de admiracion, si la virtud relevante de aquella reina de Francia, ó la heroica simplicidad del caballero.

Pero aunque reinase la consternacion en Damieta, no aparece que Almohadan hiciese esfuerzos propios de un vencedor para reconquistar aquella plaza importante. Si se hubiese presentado á sus puertas con una sola parte de sus tropas, es de creer que hubiera tardado poco en rendirse. En efecto, apenas la reina dió á luz un príncipe á quien se llamó Tristan, en memoria de las circunstancias que presidian á su nacimiento, cuando los Pisanos y Genoveses que custodiaban á Damieta con sus navíos, se prepararon á dar la vela. Estremecida con una resolucion que la dejaba entregada al enemigo, y demasiado débil todavía para abandonar el lecho, llamó á los gefes principales, y teniendo en sus brazos al recién nacido lo presentaba á cada uno de los circunstantes, conjurándoles tuviesen compasion de ambos. Les habló del rey su esposo á quien todos ellos debían tantos beneficios, manifestándoles que la conservacion de Damieta, podría únicamente ser garante de la vida del monarca, de la de sus hermanos y de la de todos los mejores capitanes del ejército calílico; mas aquellos hombres mercenarios, insensibles á las fervientes súplicas de una reina que les rogaba como esposa y como madre, no quisieron enjugar sus lágrimas, basta que Margarita, depositaria del tesoro real, lo abandonó á la avaricia insaciable de los disidentes. Trececientas y sesenta mil libras, suma para aquellos tiempos prodigiosa,

compraron á la reina el apoyo que necesitaba; siéndole tanto ménos sensible la pérdida de aquella cantidad cuánto que conservando á Damietta le quedaban las esperanzas mas consoladoras. A Margarita cupo en verdad la gloria de salvar la vida del rey y las de todos los cautivos, porque sin el interés de recobrar la plaza de Damietta, Almohadan y los Emires hubieran sacrificado á Luis y sus compañeros de infortunio.

Negociaba entretanto el Soldan con el rey y los Barones, declarando que no les daría libertad hasta que le fuesen restituidas con Damietta las demas plazas que los cristianos ocupaban en Palestina y sobre las costas de Siria y Francia. Mauclerc, conde de Bretaña, encargado de terminar una negociacion jeneral, contestó que la cesion de las plazas de Palestina no dependía de los franceses sino del emperador, de los templarios, y de los hospitalarios que á la sazón eran sus dueños. Almohadan desistió en cuanto á este punto é hizo preguntasen al rey en particular qué cantidad daría por su rescate, contando siempre con la restitucion de Damietta. Al vencedor toca, respondió Luis, explicarse con toda franqueza sobre semejante negocio. Si sus proposiciones fuesen prudentes, las pondré en noticia de la reina, y la suplicaré que entregue la suma en que llegemos á convenirnos. Los musulmanes, acostumbrados á mirar como esclavo del hombre un sexo destinado á ser su consuelo y labrar su ventura, se burlaban de la deferencia que tan poderoso monarca manifestaba hácia una mujer. Es mi señora y mi compañera, les dijo, con su inalterable dignidad. Pidió Almohadan un millon de bezanes de oro por la persona del soberano. Un rey de Francia no se rescata con dinero, contestó Luis: yo entregaré

por mi rescate la plaza de Damietta, y daré el millon de bezanes de oro por el de mis compañeros cautivos. El Soldan, que no esperaba poder realizar tan ventajoso concierto, quiso parecer generoso y rebajó la quinta parte de la exorbitante suma que habia pedido.

Concluida en estos términos la negociacion debia ser puesto Luis en libertad dentro de pocos dias, pero le reservaba aun la fortuna muchos desastres.

Almohadan habia vencido por el valor y esfuerzos de los mamelucos, y temiendo á aquella intrépida milicia quiso debilitarla, para reducirla mas tarde á la nulidad. Indignados los caudillos con la ingratitud del Soldan, tramaron una conspiracion de cuyas resultas fué sorprendido y atacado bruscamente al retirarse de su comida. Herido, y abandonado de su guardia se refugia á una torre: la incendian los mamelucos: Almohadan se precipita desde una formidable altura en el Nilo: arrojanse en persecucion suya los conjurados: le alcanzan: le cubren de heridas, y el Emir Octró, el mas encarnizado de sus enemigos esgrimiendo con fuerzas hercúleas por entre las cabezas de sus compañeros su tajante cimitarra le arranca el corazon, y corre á presentárselo al monarca frances. ¿Qué me darás le dijo, por haberte librado de un vencedor, que si viviese te haría morir? Inmóvil el magnánimo Luis respondió al Emir con el silencio del desprecio. Enfurecido el sarraceno pone su acero ensangrentado sobre la garganta del rey añadiendo: escoje, ó me armas caballero, ó dejas de existir. Hazte cristiano, contesta friamente el monarca: yo no armo caballeros á los que no lo son.

Esta presencia de espíritu contuvo al Emir, pero apenas se habia retirado cuando un grueso peloton de conjurados embisten al rey en tropel, alfanje en ma-

no, con amenazas, imprecaciones y desaforados gritos. Calló tambien Luis, y lanzando una mirada serena y majestuosa sobre la desenfadada turba, se disipó esta como la niebla de la noche á la accion del sol.

Algunos autores, con la manía de encomiarlo todo, han dicho que los mame-lucos quisieron ofrecer al monarca prisionero el trono de Egipto; mas no es verosímil, aun cuando no se haga atencion sino á la diversidad de creencias. Ni se vió tampoco en libertad hasta despues de restituida la ciudad de Damietta, y pagada la mitad del rescate. Entónces salió del cautiverio con los principales compañeros de sus desgracias, quedando su hermano el conde de Poitiers en rehenes miéntras se entregaba el resto de la cantidad convenida. (Continuará.)

RAMILLETE.

PROVERBIOS ÁRABES.

Lo que se da á los pobres se dá á Dios.
 El que corre mucho se cansa pronto.
 Alguna vez se cazan liebres en carreta.
 Lo que das lo conservas.
 Vinagre dada es mas dulce que miel comprada.

Mejor es un enemigo prudente que un amigo loco.

El que está destinado á ahorcarse no se tira al río.

Quien quiera vivir en paz debe de ser ciego, sordo y mudo.

Mas vale el huebo de hoy que la gallina de mañana.

El que llora por todo el mundo arriesga perder los ojos.

La gallina del vecino se nos figura un pavo. Mil amigos son poco: un enemigo es mucho.

Aunque tu enemigo sea una hormiga escelo un elefante.

El que cae dos veces en un hoyo es verdaderamente ciego.

Por demasiada prevision se rompe uno las narices.

Hay palabras que parecen dulces con sal. La lengua no tiene huesos, pero los rompe.

Consejos á un loco, y jabon á un negro, cosas inútiles.

El loco tiene el corazon en la lengua: el cuerdo la tiene en el corazon.

El que dá á los ricos lleva agua al mar.

Dice el perezoso; y no puedo.

El que mucho sabe mucho se equivoca.

Cuando visites á un ciego cierra los ojos.

Mil ladrones no desnudan á un desnudo.

No te fies en las palabras de los grandes, ni en la calma del mar, ni en la claridad del día, ni en la fuerza de tu caballo.

Negra suele estar la cara del mendigo, pero llena su alforja.

El ladrón que no se deja sorprender pasa por hombre honrado.

Aunque alguna vez se incline á un lado la nave, no por eso el rumbo es ménos recto.

El que aprenda música á ochenta años cantará el día del juicio.

INDICE DE ESTE NÚMERO. Vista de la columna erijida al emperador Alejandro en San Petersbourg. — Un muerto galopando: leyenda escocesa. — Estudios históricos sobre antigüedades de Madrid: (Conclusion.) — Los Gigantes. — Inscripcion epigramática. — Vista del Faro de Pondichery. — El hijo de la española: (Continuacion.) — Ramillete: Proverbios árabes.

Suscripcion: 4 rs. al mes; para Madrid,
 y 6 rs. para las provincias.

Editor responsable — A. GUERRERO.

MADRID: 1839. — IMPRENTA DE I. SANCHA.